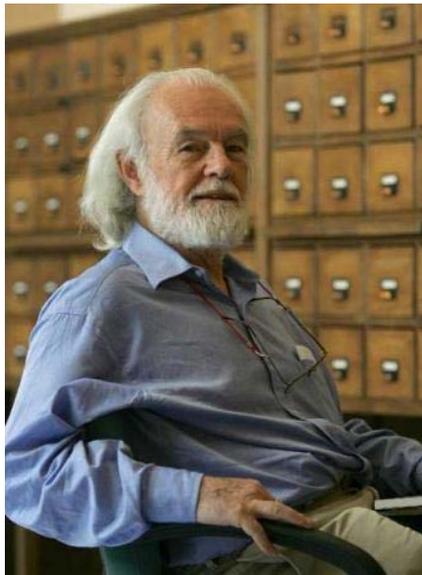


Breve historia del Neoliberalismo

David Harvey



¿El fin del neoliberalismo?

Las contradicciones políticas y económicas internas de la neoliberalización son imposibles de contener excepto a través de crisis financieras. Hasta el momento, éstas se han revelado dañinas a escala local, pero manejables a escala global. El grado en que se puede manejar una crisis depende, naturalmente, de la capacidad para apartarse de manera sustancial de la teoría neoliberal. El mero hecho de que los dos principales motores de la economía global -Estados Unidos y China- acusen un tremendo déficit financiero es, sin duda, una señal irrefutable de que el neoliberalismo está en apuros, cuando no definitivamente muerto, en tanto que pauta teórica para garantizar el futuro de la acumulación de capital. Ésto no impedirá que continúe desplegándose como una retórica adecuada para apoyar la restauración/creación del poder de clase en la elite. Pero cuando las desigualdades en la renta y en la riqueza alcanzan un nivel próximo al que precedió a la crisis de 1929 -como ocurre hoy-, los desequilibrios económicos se vuelven tan crónicos como para que se corra el peligro de generar una crisis estructural. Por desgracia, los regímenes de acumulación raramente se disuelven de manera pacífica, si es que alguna vez lo han hecho. El liberalismo embridado nació de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial y de la Gran Depresión. La neoliberalización surgió en medio de la crisis de acumulación de la década de 1970, gestándose en el seno de un marchito liberalismo embridado y llegando al mundo con la suficiente violencia como para constatar la observación de Karl Marx de que la violencia es invariablemente la comadrona de la historia. Actualmente, en Estados Unidos asistimos a la emergencia de la opción autoritaria del neoconservadurismo. El violento ataque sobre Iraq en el exterior y las políticas de encarcelamiento en el ámbito doméstico indican una ingenua determinación por parte de la elite dominante estadounidense de redefinir el orden global y doméstico conforme a sus propios intereses. Así pues, es tarea nuestra sopesar de manera muy cuidadosa si podría o no desencadenarse, y cómo, una crisis del régimen neoliberal.

Las crisis financieras que con tanta frecuencia han precedido el asalto depredador a economías nacionales enteras por parte de potencias financieras superiores, se han venido caracterizando por la existencia de desequilibrios económicos crónicos. Los síntomas típicos son un déficit presupuestario interno descomunal e incontrolable, una crisis en la balanza de pagos, una acelerada depreciación de la moneda, valoraciones inestables de los activos internos del país (por ejemplo, en el mercado inmobiliario y financiero), un incremento de la inflación, un aumento del desempleo acompañado de una caída de los salarios, y la fuga de capitales. De estos siete principales indicadores, hoy en día, Estados Unidos ostenta la distinción de cumplir con creces los tres primeros, y hay una grave preocupación respecto incurrir también en el cuarto. La actual «recuperación del paro» y la congelación salarial insinúan problemas incipientes con el sexto. En otro lugar, esta combinación de indicadores casi con toda seguridad habría precisado la intervención del FMI (y los economistas del FMI se quejan oficialmente, al

igual que el antiguo y el actual presidente de la Reserva Federal, Volcker y Greenspan, respectivamente, de que los desequilibrios económicos existentes dentro de Estados Unidos están amenazando la estabilidad global)²⁹¹. Pero dado que Estados Unidos domina el FMI, esto sólo significa que Estados Unidos debería disciplinarse, algo que parece improbable. Las grandes cuestiones son: ¿los mercados globales se disciplinarán (como deberían hacer según la teoría neoliberal)? Y de ser así, ¿cómo y con qué efectos?

Resulta inconcebible, pero no imposible, que de un día para otro Estados Unidos se encuentre en la misma situación que Argentina en 2001. Sin embargo, las consecuencias serían catastróficas no sólo en el plano doméstico, sino también para el capitalismo global. El hecho de que casi todos los que constituyen la clase capitalista y se encargan de su gestión global en cada sitio tengan plena constancia de ello, motiva que el resto del mundo esté actualmente dispuesto (en algunos casos a regañadientes) a seguir apoyando la economía estadounidense con créditos suficientes como para mantener su pródigo derrotero. No obstante, los flujos de capital privado hacia Estados Unidos han sufrido una seria disminución (excepto en la compra de activos, relativamente baratos dada la caída del valor del dólar), siendo, pues, los bancos centrales de todo el mundo -particularmente de Japón y de China- los que ahora y cada vez más poseen Estados Unidos Inc²⁹². Retirar su apoyo a Estados Unidos sería devastador para sus propias economías, puesto que Estados Unidos es todavía un mercado de importancia crucial para sus exportaciones. Pero hay un límite que impide que esta fórmula pueda mantenerse. Casi un tercio de los activos financieros de Wall Street y casi la mitad de los bonos del Tesoro estadounidenses están ya en manos extranjeras, y los dividendos e intereses que fluyen hacia propietarios extranjeros equivalen ahora, aproximadamente, al tributo que las corporaciones y las operaciones financieras estadounidenses extraen del exterior, si es que no lo superan ya (véase figura 7.1). Este equilibrio de beneficios se tornará más acusadamente negativo cuanto más incrementa Estados Unidos su endeudamiento con el exterior, el cual crece a una tasa cercana a los 2.000 millones de dólares diarios. Por otro lado, la posibilidad de que los tipos de interés estadounidenses aumenten (como en cierto punto debe ocurrir) hace que lo ocurrido en México después de la subida de los tipos de interés de Volcker en 1979 empiece a vislumbrarse como un verdadero problema. Estados Unidos pronto estará pagando mucho más en concepto del servicio de su deuda al resto del mundo que lo que obtiene de él²⁹³. Esta extracción de riqueza de Estados Unidos no será bien recibida en el interior del país. Los

²⁹¹ Respecto a Volcker, véase P Bond, «US and Global Economic Volatility. Theoretical, Empirical and Political Considerations», texto presentado en el Seminario sobre el Imperio, Universidad de York, noviembre de 2004; M. Muhleisen y C. Towe (eds.), *US Fiscal Policies and Priorities for Long-Run Sustainability*, Occasional Paper, p. 227, Washington DC, International Monetary Fund, 2004.

²⁹² El tipo de compañía mercantil designada mediante la abreviatura inglesa Inc. (Incorporated), equivale a la figura societaria mercantil española que se identifica mediante la abreviatura S.A. (Sociedad Anónima). [N. de la T]

²⁹³ G. Duménil y D. Lévy, «Neoliberal Dynamics. Towards A New Phase?», en K. van der Pijl, L. Assassi, y D. Wigan (eds.), *Global Regulation. Managing Crises after the Imperial Turn*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004, pp. 41-63

continuos incrementos del consumo financiado mediante el endeudamiento que han sido la base de la paz social en Estados Unidos desde 1945 tendrán que detenerse.

Los desequilibrios no parecen preocupar a la Administración de Bush, a juzgar por su afirmaciones desdeñosas acerca de que el actual déficit por cuenta corriente, si es que es un problema, puede manejarse fácilmente haciendo que la gente compre productos fabricados en Estados Unidos (como si esos productos estuvieran disponibles y fueran suficientemente baratos, y como si los bienes nominalmente fabricados en Estados Unidos no tuvieran un elevado componente de insumos extranjeros). Si realmente ésto pasara, Wal-Mart sería expulsado de los negocios. En opinión de Bush, el déficit presupuestario es fácil de manejar sin subir los impuestos si se limitan los programas domésticos (como si quedaran grandes programas prescindibles que desmantelar). La observación del vicepresidente Cheney de que «Reagan nos enseñó que el déficit presupuestario no importa» es alarmante, porque lo que Reagan también nos enseñó es que seguir incurriendo en déficit es una forma de imponer una reducción del gasto público y de este modo carcomer el nivel de vida de la masa de la población mientras los ricos pueden barrer para casa con toda la comodidad en medio del caos y de la crisis financiera. Por otro lado, si lanzamos la pregunta general de «¿quién se ha beneficiado en realidad de las numerosas crisis financieras que han hundido en cascada a un país tras otro y después de sucesivas oleadas de catastróficas deflaciones, inflaciones, fugas de capitales y ajustes estructurales desde finales de la década de 1970?», el perezoso empeño de la actual Administración estadounidense para eludir una crisis financiera y presupuestaria a pesar de todas las señales de alarma se hace más fácilmente comprensible. En la estela de un derrumbe financiero, la elite gobernante puede aspirar a emerger con más poder todavía que antes.

Es posible que la economía estadounidense pueda bandear los actuales desequilibrios (de manera muy parecida a después de 1945) y sacudirse los problemas que ella mismo se ha buscado. Algunas tímidas señales apuntan en esta dirección. Sin embargo, la actual política parece estar basada, en el mejor de los casos, en el principio de Micawber de que algo bueno está destinado a ocurrir. Después de todo, los presidentes de muchas compañías estadounidenses se las arreglaron para vivir en su propio mundo de fantasía ante el hecho de que entidades aparentemente invulnerables como Enron se vinieran abajo. Éste también podría ser el destino de Estados Unidos Inc., y las afirmaciones en clave fantástica del actual presidente deberían preocupar a todos aquellos a los que realmente importen los intereses del país. Otra posibilidad es que la elite dominante estadounidense calcule que puede sobrevivir a una crisis financiera y presupuestaria global en buena forma y usarla para culminar su agenda de dominio absoluto en el interior del país. Pero este cálculo podría acabar siendo un error monumental. El resultado podría ser acelerar la transferencia de hegemonía hacia alguna otra economía regional (lo más probable es que con base en Asia) y un recorte simultáneo en la capacidad de la elite dominante para ejercer su dominio tanto en el interior como en el exterior del país.

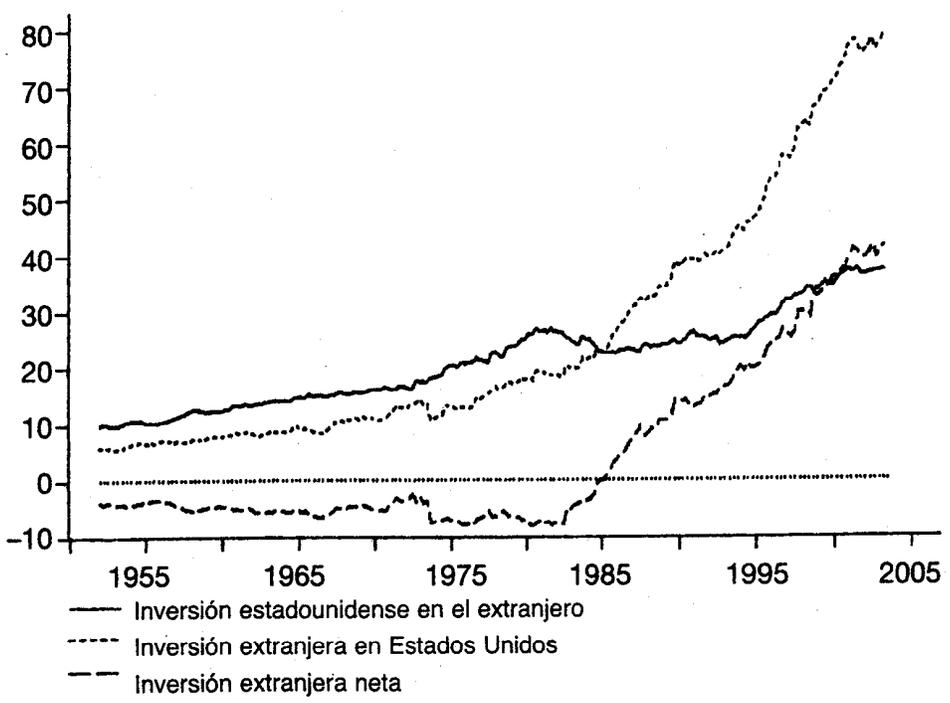
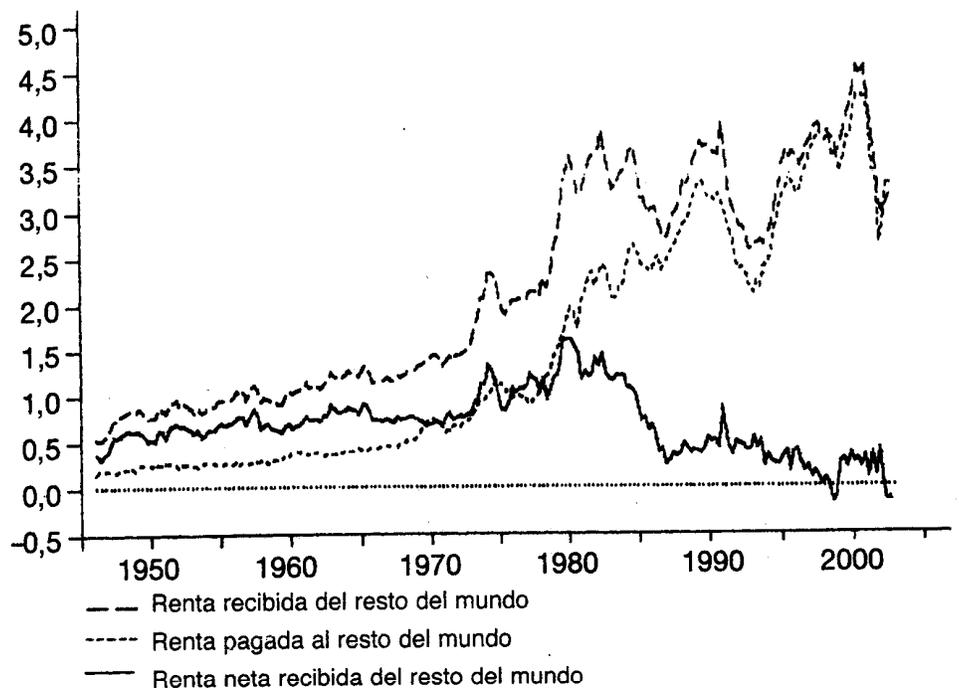


Figura 7.1. Deterioro de la posición de Estados Unidos en los flujos globales de capital y de propiedad, 1960-2002: afluencia y salida de inversiones estadounidenses (arriba) y transformación de las acciones de propiedad extranjera (abajo).

Fuente: G. Duménil y D. Lévy, *Capital Resurgent. Roots of the Neoliberal Revolution*, cit.

La cuestión que emerge de manera más inmediata es la referida a qué tipo de crisis podría servir mejor a Estados Unidos para resolver su propia situación, ya que la elección se encuentra de hecho dentro de la esfera de las opciones políticas. Al abordar estas opciones es importante recordar que Estados Unidos no ha sido inmune a las dificultades financieras durante los últimos veinte años. La caída del mercado bursátil de 1987 eliminó casi el 30 % del valor de los activos, y en el punto más bajo del desplome que sucedió al estallido de la burbuja de la nueva economía a finales de la década de 1990, se perdieron más de 8 billones de dólares en títulos-valores, antes de que se recuperaran los niveles previos. La crisis bancaria y de las cajas de ahorro de 1987 costó remediarla casi 200.000 millones de dólares, y aquél año las cosas empeoraron tanto que William Isaacs, presidente de la Federal Deposit Insurance Corporation, advirtió de que «Estados Unidos podría estar encaminándose hacia una nacionalización de la banca». Y las grandes quiebras de Long Term Capital Management, Orange County y de otras compañías que especularon y perdieron, seguidas por el derrumbe de varias de las compañías más importantes del país en 2001-2002 en medio de asombrosos lapsus en la contabilidad, no sólo salieron caras a los ciudadanos sino que también demostraron lo frágil y lo ficticia que se ha vuelto buena parte de la financiarización neoliberal. Por supuesto, esta fragilidad no sólo se limita a Estados Unidos. La mayoría de los países, incluida China, tienen que hacer frente a la incertidumbre y a la volatilidad financiera. La deuda del mundo en vías de desarrollo, por ejemplo, se elevó de «580.000 millones de dólares en 1980 a 2,4 billones en 2002, y gran parte de la misma es incobrable. En 2002 hubo una salida neta de 340.000 millones de dólares destinados al pago del servicio de esta deuda, frente a la ayuda exterior al desarrollo que ascendió a 37.000 millones²⁹⁴. En algunos casos el servicio de la deuda excedió a las ganancias obtenidas en el exterior y, comprensiblemente, algunos países como Argentina se muestran bastante recalcitrantes frente a sus acreedores.

Así pues, analicemos los dos peores escenarios posibles desde el punto de vista de Estados Unidos. Una breve ráfaga de hiperinflación proporcionaría una vía para borrar la deuda internacional pendiente, así como el endeudamiento de los consumidores. En efecto, Estados Unidos liquidaría sus deudas con Japón, China y el resto de sus acreedores en dólares tremendamente devaluados. Esta confiscación inflacionista no sería bien acogida por el resto del mundo (aunque poco podría hacer al respecto, puesto que enviar cañoneras al Potomac no es una opción viable). La hiperinflación también destruiría los ahorros, las pensiones y muchas cosas más en Estados Unidos. También implicaría una reversión de la trayectoria monetarista que Volcker y Greenspan han seguido por regla general. Sin embargo, al menor indicio de este alejamiento del monetarismo (declarando de hecho la muerte del neoliberalismo), los bancos centrales de todo el mundo casi con toda seguridad crearían una situación de venta masiva de

²⁹⁴ D. Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Basil Blackwell, 1989, p. 169.

dólares y, de este modo, precipitarían de manera prematura una crisis de fuga de capitales imposible de manejar por las instituciones financieras estadounidenses en solitario. El dólar estadounidense perdería toda credibilidad como divisa de reserva global y perdería todos los beneficios futuros (por ejemplo de señoraje, ésto es, el poder de acuñar dinero) de ser el poder financiero dominante. Esta toga sería entonces asumida por Europa, por el Asia oriental, o por ambos ejes (los bancos centrales de todo el mundo ya están mostrando una preferencia por colocar su saldo en euros). También parece probable que se produzca un retorno más modesto a la inflación, ya que existen numerosas evidencias de que la inflación no es en absoluto el mal intrínseco descrito por los monetaristas, y que cierta tímida relajación de los objetivos monetarios (de la que Thatcher hizo una demostración en las fases más pragmáticas de su impulso hacia la neoliberalización) es factible.

La otra opción que se le abre a Estados Unidos consiste en aceptar un dilatadísimo periodo de deflación del tipo que ha estado experimentado Japón desde 1989. Ésto crearía serios problemas globales, a menos que otras economías -con China, quizá emparejada con India, obviamente en la vanguardia- pudieran reanimar la situación de atonía provocada por la crisis deflacionaria estadounidense. Pero tal y como hemos analizado, la opción de China es sumamente problemática tanto por razones económicas como políticas. China sufre graves desequilibrios internos, que básicamente se manifiestan en el exceso de capacidad que se registra en casi todos los sectores y áreas de la vida económica, desde una proliferación excesiva de aeropuertos a la existencia de demasiadas fábricas de automóviles. Esta sobrecapacidad se haría más palpable en el caso de un prologado estancamiento de los mercados de consumo estadounidenses. Por otro lado, la deuda viva de China (bajo la forma de créditos bancarios de dudoso cobro) en ningún caso es tan monumental como la de Estados Unidos. Los peligros en el caso chino no son tanto económicos como políticos. Pero el extraordinario dinamismo existente dentro de las complejas economías asiáticas puede ser suficiente como para propulsar en bastante medida la acumulación de capital hacia el futuro, aunque con toda probabilidad ésto tendría efectos notablemente nocivos para la calidad del medio ambiente, así como también para la tradicional posición de Estados Unidos como cabeza de león en el orden mundial. No podemos saber todavía si Estados Unidos entregará mansamente su posición hegemónica. Casi con toda seguridad, conservará el predominio militar aunque se reducirá su posición de dominio en prácticamente todas las demás esferas significativas de poder político-económico. El hecho de si Estados Unidos pretenderá utilizar su superioridad militar con objetivos políticos y económicos, tal y como ha hecho en Iraq, dependerá entonces, de manera crucial, de las dinámicas internas existentes dentro del propio Estados Unidos.

Un dilatadísimo proceso de deflación será extremadamente difícil de absorber a escala interna por Estados Unidos. Si los problemas de endeudamiento del gobierno federal y de las instituciones financieras han de resolverse sin que se vea amenazada la riqueza de

las clases de la elite, entonces, una «deflación confiscatoria» (a todas luces incoherente con el neoliberalismo) similar a la experimentada por Argentina (trazos de la cual podían encontrarse en la crisis de las cajas de ahorro de finales de la década de 1987, cuando muchos titulares de depósitos no pudieron acceder a su dinero) sería la única opción. Los grandes programas públicos que todavía existen (la Seguridad Social y Medicare), derecho a percibir una pensión, y el valor de los activos (en particular, de los inmuebles y de los ahorros) probablemente serán las primeras víctimas y, en estas condiciones, es seguro que el consentimiento popular empiece a deshilacharse por sus costuras. La gran pregunta es entonces cuán extenso y expresivo podría llegar a ser ese descontento y cómo podría ser manejado.

La consolidación del autoritarismo neoconservador emerge, pues, como una respuesta potencial. Tal y como argumenté en el tercer capítulo, el neoconservadurismo sostiene el impulso neoliberal hacia la construcción de libertades de mercado asimétricas pero hace explícitas las tendencias antidemocráticas del neoliberalismo a través del recurso a medios autoritarios, jerárquicos e incluso militaristas para mantener la ley y el orden. En *El nuevo imperialismo* exploré la tesis de Hannah Arendt de que la militarización en el exterior y la militarización interna van inevitablemente de la mano, y concluía que el aventurerismo internacional de los neoconservadores, largamente planificado y legitimado después de los atentados del 11 de septiembre²⁹⁵, tenía tanto que ver con la afirmación del control doméstico en Estados Unidos sobre un cuerpo político díscolo y muy dividido, como con una estrategia geopolítica de mantener la hegemonía global a través del control sobre los recursos del petróleo. El miedo y la inseguridad tanto en el plano interno como en el externo fueron muy fácilmente manipulables con objetivos políticos, y en este caso de manera satisfactoria cuando llegó el momento de la reelección²⁹⁶.

Pero los neoconservadores también afirman una meta moral más elevada, en el centro de la cual descansa una apelación al nacionalismo que, tal y como vimos en el capítulo tercero, ha mantenido durante largo tiempo una tensa relación con la neoliberalización. Sin embargo, el nacionalismo estadounidense tiene un carácter dual. Por un lado, presume que el destino manifiesto y divino (la invocación religiosa es deliberada) de Estados Unidos es ser la mayor potencia de la tierra (cuando no el número uno en todo, desde el béisbol a las Olimpiadas) y que, en tanto que faro de libertad y de progreso, ha sido y sigue siendo admirado por todo el planeta y considerado digno de emulación. Todo el mundo, se dice, quiere vivir en Estados Unidos o ser como Estados Unidos. Por lo tanto, Estados Unidos, de manera benevolente y generosa, prodiga desinteresadamente sus recursos, sus valores y su cultura al resto del mundo, en pro de conferir el privilegio de la americanización y los valores americanos a todo habitante de este planeta. Pero el

²⁹⁵ En el original de editorial AKAL, dice 9 de septiembre. Parto del supuesto que fue un error del traductor ya que en inglés se expresa 9/11. En consecuencia, he corregido la fecha porque entiendo que refiere al ataque a las torres gemelas del 2001.

²⁹⁶ H. Arendt, *Imperialism* [1951], Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968.

nacionalismo estadounidense también tiene su lado oscuro sembrado de la paranoia sobre temibles amenazas de fuerzas enemigas y malignas provenientes del exterior. Se teme a los extranjeros y a los inmigrantes, a los agitadores externos y, actualmente, por supuesto, a los «terroristas». Ésto conduce a un círculo vicioso interno y a la clausura de los derechos y de las libertades civiles que hemos conocido en episodios como la persecución de los anarquistas en la década de 1920, el macartismo de la década de 1950 dirigido contra los comunistas y sus simpatizantes, la veta paranoica de Richard Nixon respecto a los opositores a la Guerra de Vietnam y, desde el 11 de septiembre, la tendencia a tachar toda crítica a las políticas de la Administración como una forma de ayudar y de incitar al enemigo. Este tipo de nacionalismo converge fácilmente con el racismo (más en particular hacia los árabes), con la restricción de las libertades civiles (la Patriot Act), el freno a la libertad de prensa (el encarcelamiento de periodistas por no revelar sus fuentes), y la opción de la encarcelación y la pena de muerte para tratar la criminalidad. En el plano externo, este nacionalismo lleva a la acción encubierta y, en estos momentos, a guerras preventivas para erradicar todo lo que parezca una remota amenaza para la hegemonía de los valores estadounidenses y el dominio de los intereses estadounidenses. A lo largo de la historia, ambas modalidades de nacionalismo siempre han coexistido²⁹⁷. En ocasiones han mantenido entre sí un conflicto abierto (por ejemplo, en las divisiones surgidas acerca de cómo lidiar con las revoluciones acontecidas en América Central durante la década de 1980).

Después de 1945, Estados Unidos estaba en posición de proyectar sobre el mundo la primera presunción, siempre de manera interesada y en ocasiones benevolente (como en el Plan Marshall, que ayudó a reavivar las economías europeas laceradas por la guerra después de 1945), al mismo tiempo que en casa engranaba el macartismo. Pero el fin de la Guerra Fría lo ha cambiado todo. El resto del mundo ya no acude a Estados Unidos en busca de su protección militar y se ha librado del dominio estadounidense en prácticamente todos los ámbitos. Estados Unidos nunca ha estado tan aislado del resto del mundo en el plano político, cultural e incluso militar, como lo está ahora. Y este aislamiento, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, no obedece a que haya decidido retirarse de los asuntos del mundo, sino que es consecuencia de su excesivo y unilateral intervencionismo. Asimismo, tiene lugar en un momento en el que la economía estadounidense se halla más entrelazada que nunca en las redes de producción y financieras globales. El resultado ha sido una peligrosa fusión entre ambas formas de nacionalismo. A través de la formulación de la doctrina del «ataque preventivo» contra naciones extranjeras en medio de una supuesta guerra global contra el terrorismo que amenaza con llevarse todo por delante, la opinión pública estadounidense puede imaginar que libra una lucha misericordiosa por llevar la libertad y la democracia a todos los rincones (en particular a Iraq) a la vez que despliega sus más oscuros miedos hacia un

²⁹⁷ D. King *The Liberty of Strangers. Making the American Nation*, Nueva York, Oxford University Press, 2004.

enemigo desconocido y oculto que amenaza su propia existencia. La retórica de la Administración de Bush y de los neoconservadores explota de manera infatigable ambos temas, lo cual prestó un gran servicio a Bush en su exitosa campaña para la reelección.

En *The New Imperialism* argumenté que había muchos signos de que la hegemonía estadounidense está desmoronándose. Perdió su dominio en la producción global durante la década de 1970 y su poder en las finanzas globales comenzó a erosionarse en la de 1990. Su papel precursor en el campo tecnológico se está viendo desafiado y su hegemonía cultural y moral mengua a pasos agigantados, dejando su fuerza militar como su única arma clara de dominio global. Pero su poderío militar podría estar limitado a lo que permita una potencia destructiva de alta tecnología ejecutable a una distancia de 10.000 metros de altura. Iraq ha revelado sus límites sobre el terreno. La transición a una nueva estructura hegemónica en el capitalismo global coloca a Estados Unidos ante la disyuntiva de gestionar la transición de manera pacífica o bien a través de la catástrofe²⁹⁸. La actual posición de las elites gobernantes estadounidenses apunta más en ésta última dirección. En Estados Unidos, resulta muy fácil invocar el nacionalismo para secundar la idea de que las causas de las dificultades económicas derivadas de una hiperinflación o de un dilatado periodo de deflación son atribuibles a otros, como China y el este asiático, o la OPEP y los Estados árabes por no responder de manera adecuada a su derrochadora demanda de energía. La doctrina del ataque preventivo ya está sobre la mesa y las capacidades destructivas están al alcance de la mano. Un Estados Unidos acosado y sin duda amenazado tiene, según esta hebra argumentativa, la obligación de defenderse a sí mismo, sus valores y su forma de vida a través del uso de medios militares si es necesario. Este cálculo catastrófico y, en mi opinión, suicida, no es algo que pueda considerarse excluido de las opciones de los actuales líderes estadounidenses, quienes ya han demostrado su afición a sofocar la disidencia interna, lo cual les ha granjeado un apreciable apoyo popular. Después de todo, un segmento considerable del pueblo estadounidense opina que la *Bill of Rights*²⁹⁹ es un documento inspirado en el comunismo y también hay otro sector, minoritario sin duda, que acoge con entusiasmo todo lo que huela a Armagedón. Las leyes antiterroristas, el abandono de la Convención de Ginebra en la Bahía de Guantánamo y la predisposición a representar toda fuerza opositora como «terrorista» son señales de peligro.

²⁹⁸ G. Arrighi y B. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, Minnesota University Press, 1999 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema mundo moderno*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 9», Ediciones Akal, 2001]; véase, también el epílogo a la edición en rústica de D. Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2005 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 26», Ediciones Akal, 2004].

²⁹⁹ La Carta de derechos o Declaración de derechos (en inglés *Bill of Rights*) es un documento redactado en Inglaterra en 1689, que impuso el Parlamento inglés al príncipe Guillermo de Orange para poder suceder al rey Jacobo. El propósito principal de este texto era recuperar y fortalecer ciertas facultades parlamentarias ya desaparecidas o notoriamente mermadas durante el reinado absolutista de los Estuardo (Carlos II y Jacobo II). Constituye uno de los precedentes inmediatos de las modernas «Declaraciones de Derechos». ([Más](#))

Por fortuna, hay una notable oposición interna que puede ser movilizada, y que en cierto modo ya lo está, contra estas tendencias suicidas y catastróficas. Por desgracia, en su constitución actual es una oposición fragmentada, que navega sin timón, y que carece de una organización coherente. En cierta medida ésto es fruto de heridas que se han infligido a sí mismos el propio movimiento obrero, los movimientos, que en términos generales han abrazado una política de la identidad, y aquellas corrientes intelectuales posmodernas que suscriben sin saberlo la línea postulada por la Casa Blanca de que la verdad es construida por la sociedad y consiste en un mero efecto del discurso. La crítica de Terry Eagleton al libro *Postmodern Condition* de Lyotard, en cuya opinión «no puede existir diferencia entre la verdad, la autoridad y la seducción retórica; el que posea la lengua más melodiosa o la historia más embaucadora tiene el poder», merece ser repetida. Pienso que es todavía más relevante para nuestros tiempos que cuando la cité en 1989³⁰⁰. Los argumentos presentes en el cuento de la Casa Blanca y en la patraña de Downing Street han de ser rebatidos y luego bloqueados si queremos encontrar algún tipo de solución frente al actual callejón sin salida en que nos encontramos. Hay una realidad ahí afuera y nos está pisando los talones. ¿Pero adónde deberíamos procurar dirigir nuestros pasos? Si fuéramos capaces de montar el maravilloso caballo de la libertad, ¿hacia dónde trataríamos de cabalgarlo?

Alternativas

Hay una tendencia a abordar la cuestión de las alternativas como si se tratara de trazar algún programa para una futura sociedad y un bosquejo del camino que conduce a ella. Podemos sacar grandes beneficios de estos ejercicios, pero primero necesitamos iniciar un proceso político que pueda llevarnos a un punto en el que se tornen identificables alternativas factibles, posibilidades reales. Hay dos principales caminos a tomar. Podemos involucrarnos en la plétora de movimientos opositores ya existentes y tratar de destilar a partir y a través de su activismo la esencia de un programa de oposición abierto. O bien, podemos recurrir a investigaciones políticas y teóricas sobre nuestras condiciones existentes (como la que yo mismo he emprendido en estas páginas) y tratar de colegir alternativas por medio de análisis críticos. Tomar este último camino en absoluto supone presumir que los movimientos de oposición existentes están equivocados o que de algún modo son deficientes en sus planteamientos. De la misma manera, los movimientos de oposición no pueden presumir que los descubrimientos analíticos sean irrelevantes para su causa. La tarea es abrir un diálogo entre los que escogen cada uno de estos caminos y a partir de ahí ampliar la profundidad de los planteamientos colectivos y definir líneas de acción más adecuadas.

³⁰⁰ Citado en D. Harvey, *The Condition of Posmodernity*, Oxford, Basil Blackwell, 1989, p. 168-170.

La neoliberalización ha generado una paleta de movimientos de oposición tanto dentro como fuera de su ámbito. Muchos de estos movimientos son radicalmente distintos de los movimientos obreros que dominaron la escena política antes de 1980³⁰¹. He dicho «muchos», pero no «todos». Los movimientos obreros tradicionales en absoluto han muerto, ni siquiera en los países del capitalismo avanzado en los que se han debilitado tanto como consecuencia del ataque neoliberal a su poder. En Corea del Sur y en Sudáfrica emergieron vigorosos movimientos obreros durante la década de 1980 y en gran parte de América Latina están floreciendo partidos obreros que incluso han llegado al poder. En Indonesia, un inexperto movimiento de trabajadores de gran importancia potencial brega por ser oído. El potencial de un descontento obrero en China es inmenso aunque impredecible. Y tampoco está claro que la masa de la clase trabajadora estadounidense, que durante esta última generación a menudo ha estado dispuesta a votar en contra sus propios intereses materiales por razones de nacionalismo cultural, por cuestiones religiosas y por referencia a valores morales, permanezca para siempre enjaulada en esa política de maquinaciones tanto republicanas como demócratas. Dada la volatilidad a la que nos enfrentamos, no hay razón para descartar un resurgimiento de la política popular socialdemócrata o incluso de corte populista y antineoliberal dentro de Estados Unidos en los próximos años.

Pero las luchas contra la acumulación por desposesión están fomentando la apertura de líneas de lucha política y social bastante diferentes³⁰². Debido en parte a las condiciones específicas en las que se generan estos movimientos, su orientación política y su modesta organización parten acusadamente de lo que caracterizaba la política socialdemócrata. Por ejemplo, la rebelión zapatista en Chiapas, México, no busca tomar el poder estatal o culminar una revolución política sino que aspira en cambio a lograr una política más integradora. La idea consiste en despertar un movimiento que atraviese la sociedad en una búsqueda más abierta y fluida de alternativas que preste atención a las necesidades específicas de los diferentes grupos sociales y les permita mejorar sus expectativas. Desde el punto de vista organizativo, se tendía a evitar el vanguardismo y se rechazaba adoptar la forma de un partido político. En su lugar, se prefería permanecer como un movimiento social dentro del Estado, intentando formar un bloque de poder político en el que las culturas indígenas ocuparan un lugar central y no periférico. Muchos movimientos ecologistas -como los que luchan por una justicia medioambiental- actúan de la misma manera.

³⁰¹ S. Amin, «Social Movements at the Periphery», en P. Wignaraja (ed), *New Social Movements in the South. Empowering the People*, Londres, Zed Books, 1993, pp. 76-100.

³⁰² W Bello, *Deglobalization. Ideas for a New World Economy*, Londres, Zed Books, 2002; W Bello, N. Bullard y K. Malhotra (eds.), *Global Finance. New Thinking on Regulating Capital Markets*, Londres, Zed Books, 2000; S. George, *Another World is Possible IF...*, Londres, Verso, 2003; W Fisher y T. Ponniah (eds.), *Another World is Possible. Popular Alternative; to Globalization at the World Social Forum*, Londres, Zed Books, 2003; P. Bound, *Talk Left Walk Right. South Africa's Frustrated Global Reforms*, Scottsville, University of KwaZulu-Natal Press, 2004; T. Mertes (ed), *A Movement of Movements*, Londres, Verso, 2004; L. Gill, *Teetering on the Rim*, Nueva York, Columbia University Press, 2000; J. Brecher, Costello, y B. Smith, *Globalition from Below. The Power of Solidarity*, Cambridge (MASS), South End Press, 2000.